

SERMON
SOBRE
LA SANTÍSIMA TRINIDAD

La noción general y en abstracto de Dios es común á todos los pueblos, aun los más salvajes. Esta verdad la reconoció Ciceron en su libro de la naturaleza de los dioses, y la confirman las memorias de los misioneros y de los viajeros que han visitado los países más remotos del mundo y estudiado las costumbres de sus habitantes. No así el conocimiento determinado y concreto de Dios, tal como la Iglesia católica le reconoce y venera en el augustísimo misterio de su unidad en Esencia y trinidad de Personas. Este es debido á la revelacion.

Por eso tanta aberracion y miseria entre los gen-

SERMON
SOBRE
LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Tres sunt qui testimonium dant in caelo, Pater, Verbum et Spiritus-Sanctus, et hi tres unum sunt.
Joan., cap. 5.º, v. 7.º, Epist. I.

LA noción general y en abstracto de Dios es comun á todos los pueblos, aun los más salvajes. Esta verdad la reconoció Ciceron en su libro de la naturaleza de los dioses, y la confirman las memorias de los misioneros y de los viajeros que han visitado los países más remotos del mundo y estudiado las costumbres de sus habitantes. No así el conocimiento determinado y concreto de Dios, tal como la Iglesia católica le reconoce y venera en el augustísimo misterio de su unidad en Esencia y trinidad de Personas. Este es debido á la revelacion.

Por eso tanta aberracion y miseria entre los gen-

tiles, privados de aquella divina luz. Procedían de un modo inverso al que nos enseña la fé. El sagrado libro del Génesis ¹ nos dice que Dios había formado al hombre á su imágen y semejanza; ellos, por el contrario, no conociendo otra cosa que al hombre con todas sus pasiones, en el más alto grado de depravacion, se formaban sus dioses á imágen y semejanza del hombre. Así, pues, amados míos, hubo en la antigüedad tantos dioses, cuantos fueron los hombres célebres, ya por sus empresas, ya por sus grandes crímenes. Hesiodo nos dice que llegó á contar el mundo antiguo hasta el número fabuloso de treinta mil dioses, de los que tenían tan bajo concepto, que constituían uno para la custodia de la casa, otro para el umbral, otro para la puerta: así San Agustín, en su obra de la Ciudad de Dios ². El célebre historiador Plutarco ³ nos refiere, que Alejandro escribió á los lacedemonios rogándoles que le colocasen en el número de los dioses, á cuya petición contestó el Senado: «Supuesto que así lo quiere Alejandro, sea Dios:» *Siquidem Alexander vult esse Deus, Deus esto.* ¡Qué aberracion tan monstruosa, señores, creer que el ser ó no ser Dios dependa del capricho de los hombres!

¡Pues bendita sea mil veces la bondad de nuestro Dios para con nosotros que, sin mérito alguno de

¹ Cap. 1.º

² Lib. 4.º, cap. 8.º

³ In vit. Alexandre.

nuestra parte, se ha dignado revelarnos este gran misterio, oculto á la sabiduría vana é hinchada del gentilismo! ¡Y bien haya la santa Iglesia católica que nos le ha conservado en toda su integridad y nos le enseña como el primero y principal dogma de su fé!

Yo vengo hoy á tocar sólo en los umbrales del santuario, á levantar una pequeña parte del velo que nos oculta el gran misterio de la augustísima Trinidad. No entraré en él de lleno; voy á presentárosle sólo en las figuras que á él se refieren desde los más remotos tiempos, figuras de que tanto abunda la santa Escritura. La materia es de mucho interés é instruccion y nos conduce como de la mano al corazon del misterio.—AVE MARÍA.

*Tres sunt qui testimonium
dant in cælo, Pater, Verbum
et Spiritus-Sanctus, et hi tres
unum sunt.*

Joan., cap. 5.º, v. 7.º, Epist. I.

Es muy conforme á la conducta de la Providencia revelarnos primero las grandes verdades de la religion por medio de símbolos ó figuras, para preparar nuestro entendimiento al lleno de luz que habria de derramar despues sobre él la revelacion. Así, pues, innumerables son las que precedieron al gran misterio de su unidad en Esencia y trinidad de Personas, revelado tan copiosa y evidentemente en la plenitud de los tiempos á la Iglesia católica. Examinemos sólo algunas, porque de enumerarlas todas, me haria interminable.

Caminaba Jacob hácia la Mesopotamia, huyendo de la cólera de su hermano Esaú, á quien habia ganado con astucia el derecho de primogenitura. Sintióse fatigado del sueño, y acercando entre sí varias piedras, reclinó sobre ellas su cabeza, y durmió aquel sueño misterioso, que tanta aplicacion tiene en la economía de la religion. Pero al despertar, las piedras se habian refundido en una sola. Así parece deducirse del contesto del capítulo 28 del sa-

grado libro del Génesis, cuya exposicion confirman Nicolás de Lira y Galatino. Hé aquí, segun el sentir de varios expositores, revelado á Jacob en figura, el gran misterio de la augustísima Trinidad.

En el mismo libro del Génesis ¹ se nos refiere que cuando fué conducido José á la cárcel por la perfidia de la mujer de Putifar, halló en ella á dos privados de Faraon, que habian desmerecido su favor en aquellos dias. El uno, que ofrecia la copa al rey donde solia beber, soñó que veia un vástago de vid, del que colgaban tres hermosos pámpanos, y de cada uno colgaban hermosos racimos. Hé aquí otra figura del augusto misterio de la Trinidad. El frondoso vástago representaba la unidad en la divina Esencia; los tres pámpanos, la trinidad de Personas.

El sacrilego Baltasar ² celebró una grande cena para obsequiar á los magnates de su reino, y cuando se embriagaba en las delicias de la gula, vió en la pared de enfrente los dedos de una mano que escribian la sentencia de su muerte. Esta mano representaba la unidad de la divina Esencia; los dedos el número de las Personas.

El filisteo Goliath insultaba dia y noche al pueblo de Israel ³. David, inspirado del cielo, sale á su defensa, toma del alveo del Jordan cinco piedras, y con una de ellas consigue la victoria. Las cinco pie-

¹ Cap. 40.

² Daniel, cap. 5.º

³ Lib. 1.º Reg., cap. 17.

dras figuran la pluralidad de Personas; la que, clavándose en la frente del gigante, le derriba, le postra y le vence, figura la unidad de la divina Esencia.

Habia ordenado el Señor á Moisés que, presentándose á Faraon, le intimase su resolución de sacar de la servidumbre á su pueblo amado de Israel. Resistíase Moisés á seguir el mandato de Dios, escudándose en su misma pequeñez para llevar á cabo tan grande empresa, y entonces el Señor le dice: «Yo soy Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, este es mi nombre:» *Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac, Deus Jacob, hoc nomen mihi*¹. La palabra *nomen*, repetida en singular, hé aquí la figura de la unidad de la divina Esencia, la repetición de esta voz por tres veces, hé aquí figurada la trinidad de Personas.

El profeta Ezequiel² nos describe minuciosamente el templo que vió en su misterioso éxtasis, de una estructura especial y también profundamente misteriosa. Constaba de tres puertas, tres átrios, tres ventanas, tres espacios, tres tabernáculos. Hé aquí otra figura más terminante aun y expresiva del augusto misterio de la Trinidad. Y para expresar el profeta la igualdad de las tres personas, termina por estas palabras: «Una era la medida de las tres:» *Mensura una trium*, cuyas palabras expone así San

¹ Exodo, cap. 3.º

² Cap. 40.

Atanasio¹: «cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu-Santo:» *Qualis Pater, talis Filius, talis Spiritus Sanctus*.

Pero sobre todas las bíblicas figuras del augusto misterio de la beatísima Trinidad, ninguna tan propia y expresiva como el magnífico templo construido por Salomon, cuya historia y pormenor nos describe el capítulo 2.º y 4.º del libro 2.º de los Paralipómenos, llamado así porque eran como el suplemento de muchos hechos que, ó se habian omitido del todo en los demás libros sagrados, ó se habian tocado muy de paso.

Delante de este magnífico templo veíase un gran vaso de bronce ó receptáculo de aguas, llamado mar por su extraordinaria magnitud, sostenido por doce bueyes también de bronce, de los cuales tres miraban hácia el Septentrion, tres al Mediodia, tres al Occidente, tres al Oriente. Dentro del templo estaba el gran candelero, brillante por su hermosura y riqueza de luces, que recordaba al pueblo la columna de fuego que guió á los israelitas durante las tinieblas de la noche por el desierto, y para nosotros significa, según un sábio expositor, la luz de la fé de la Iglesia católica. Seguíase el *Sancta Sanctorum* cubierto con un largo y denso velo, y detrás el Tabernáculo con el arca misteriosa del Testamento, que contenía las tablas de la Ley entregadas por

¹ In Symb.

Dios á Moisés sobre la cumbre del Sináí, la vara de Aaron y una porcion del maná que llovió para alimentar al pueblo en el desierto. Todas estas magníficas figuras no son otra cosa que la representacion simbólica del misterio de la Trinidad. Descendamos á pormenores.

El mar de bronce nos representa el bautismo de la Iglesia católica, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo. Los doce bueyes son los doce apóstoles, predicando este augusto misterio por todos los pueblos del mundo. El candelero de oro, brillante por la profusion de luces, es la luz de la fé que brilla en las tinieblas de la ignorancia. El velo que cubre la entrada del santuario es la oscuridad, extendido, cual denso velo, sobre las verdades de la fé. El arca, que es una, figura la unidad de la divina Esencia, los tres objetos que contenia la trinidad de Personas. Y en efecto; sin la menor violencia reconocemos en la vara de Aaron, la potestad del Eterno Padre, en las tablas de la Ley, la persona del Hijo, á quien se atribuye la sabiduría, y en el maná la del Espíritu-Santo, espíritu de suavidad y de amor, dador de todas las gracias.

Ved aquí las grandes y admirables figuras que simbolizan el augustísimo misterio de la Trinidad, misterio de los misterios, prodigio de los mayores prodigios. Así el Señor quiso hacernos vislumbrar, permitidme esta expresion vulgar, la verdad esencial de la religion, escondida á los sábios presun-

tuosos del mundo, que habia de ser revelada en la plenitud de los tiempos. Las piedras que puso Jacob por cabecera, reunidas, formando una sola al despertar de su misterioso sueño; los tres sarmientos que vió el copero de Faraon, procedentes de un sólo tronco; los dedos de una sola mano, escribiendo sobre la pared la sentencia de muerte de Baltasar; las piedras tomadas por David del Jordan, de las que una sola postró y venció al gigante Goliath; las palabras repetidas por el Señor á Moisés al intimarle la comision de salvar al pueblo de Israel; el templo misterioso que vió Ezequiel, distribuido con tanto estudio de tres en tres departamentos y, últimamente, el grandioso templo de Salomon con su mar de bronce sostenido por doce bueyes, con su candelero de oro, y el velo que cubria el *Sancta Sanctorum* y el arca misteriosa del Testamento que, siendo una sola, contenia tres objetos tan expresivos de la Trinidad, la vara de Aaron, las tablas de la Ley y el maná.

Admiremos, pues, la suma sabiduría de nuestro Dios, y bendigamos su misericordia para con nosotros, pues así sabe delinear por medio de tan admirables figuras el gran misterio de su unidad de Esencia, en la trinidad de Personas. Y poseidos de una santa admiracion, digamos con el apóstol: ¡Oh alteza de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de un Dios, cuán incomprensibles son tus juicios y desconocidos tus caminos! Y humillando ante ellas

el orgullo de nuestra razón, adoremos á la beatísima Trinidad con las palabras que entonan y repiten constantemente en el cielo los serafines: santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria, por los siglos de los siglos.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

*Dominus possedit me in
initio viarum suarum.*

El Señor me poseyo en el
principio de sus caminos.

Proverb., cap. 8.º, v. 22.

MISTERIOS grandes encierran las palabras referidas, que acaba de pronunciar el Ministro sagrado. Ellas nos representan la realidad de aquella misteriosa nubecilla que viera en otro tiempo el grande Elías, elevándose de enmedio del océano y cubriendo en un momento toda la tierra. De aquel prodigioso monte, descrito por Isaías, elevado sobre los collados, más que los cedros sublimes y las robustas encinas de Basan, sobre cuya cúspide se ostenta brillante la casa del Señor, como una majestuosa torre ó como las hermosas naves de Tarsis. A su vista se admiran todos los pueblos, y mutuamente